

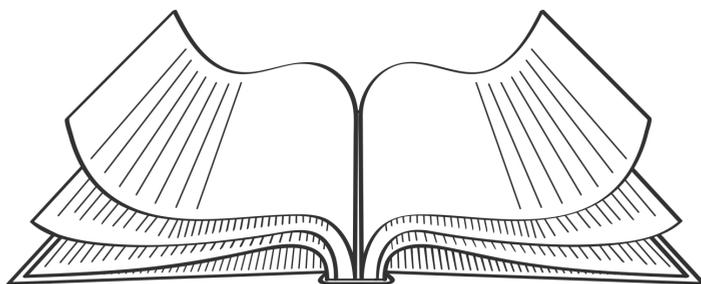
PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Cuento
Poesía
Fotografía

ABRIL-JUNIO
2016



No. **2**



PRETEXTOS LITERARIOS POR ESCRITO

porescrito.org



ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

Prefiero el delirio	8
Homenaje	10
Lo justo	12
Antítesis afectiva	13

FIRMAS

Bambi	14
RICARDO BERNAL	
Simpleza	17
MARÍA ELENA SARMIENTO	
Once maneras de entrar en materia	20
HÉCTOR ENRIQUE GONZÁLEZ	
Una sonrisa de queso en forma de luna	25
menguante CECILIA DURÁN MENA	
Hambre	28
DORIS CAMARENA	
En la alberca	29
CECILIA DURÁN MENA	

Breve antología breve 35
YAMIL NARCHI SADEK

Consumada 37
ANDREA FISCHER

IMAGINARIO 42

VOCES

Todas tus noches y las tuyas 54

Un canon a tres toses 55

El curador de espaldas muertas 56

La ninfa dinamita 58

En una esquina del suburbio 59



HABLANDO POR ESCRITO

Imagina el regocijo con el que una bruja revuelve la poción que prepara a fuego lento en el caldero, o el valor con el que un hechicero eleva la varita mágica o la humildad con la que un zapatero remendón repara lo que se rompió, así, algunos escritores jugamos con las palabras para crear mundos alternos o para imaginar que tenemos poder sobre el tiempo o para proponer una nueva versión de las cosas. Sin embargo, sabemos que imaginar no es suficiente y para evitar que una ráfaga entre en la cabeza y nos desdibuje las imágenes, es necesario dejarlas por escrito.

En los tiempos peligrosos del reinado del emperador Nerón, el senador, Cayo Tito, pronunció un discurso valiente centrado en la idea de *Verba volant scripta manent*: las palabras vuelan, lo escrito permanece. Sin duda, la palabra hablada se propaga con mayor fluidez que la escrita pues vuela con el aire. No obstante, es efímera. En la época en que la tiranía y la extravagancia nerónica, lo común era encontrar caminos para desdecirse por sí al Emperador no le gustaba lo dicho, Cayo Tito establece que el honor se construye a partir de la palabra que queda: la que se plasma por escrito.

Las posibilidades que encontramos al unir letras se reflejan entre las pastas de una publicación. Ganan paso y consistencia. Se materializan. Al pasar las hojas y recorrer los renglones se encienden emociones y se alumbran ideas. Los centros neurálgicos se activan al reconocer los conceptos que están atrapados en un texto. El deseo de saber qué va a pasar, qué me quieren decir, constituye el resorte que mantiene la fidelidad de quienes siguen una narración. Así se prende la chispa que ilumina el juego de ideas. Como hacen los hilanderos, un escritor usa la palabra como aguja para picar la curiosidad y cose puntadas con la que los narradores

anudan la atención de los lectores. Las palabras pueden ser tan antiguas, como las de Cayo Tito o tan nuevas que se destilaron por un serpiente informático. La maravilla de dejarlas por escrito es que se puede acceder a ellas.

Como todo centro emocional, la lectura tiene su ritual particular. Sea como lo propone San Ambrosio, en silencio y tal vez acompañado por los aromas de una taza de café o como se hacía en la Antigüedad, por medio de un lector que presta la voz, al leer zarpamos en un vuelo que cuyo destino es la confluencia entre el autor y el lector. Los universos particulares se fusionan y se vuelven comunes. En los renglones de tinta y papel o en las letras electrónicas, las convergencias se iluminan y uno y otro ven al mismo lugar.

El escritor dice y el lector se entera de esos secretos que no pueden decirse en voz alta por ser demasiado ciertos. La verdad adquiere contundencia cuando va escrita, la imagen puede ser revisitada cuando va por escrito, el miedo alcanza mayores potencias y el misterio del tiempo se toma este espacio para sentarse a descansar. Se detiene. La distancia decide reducirse y el París de Víctor Hugo queda tan lejos como la posibilidad de volverlo a leer.

La palabra es ese vehículo poderoso que sirve para comunicar ideas, para dar corporeidad a conceptos abstractos y para llevar al otro a entender un punto de vista diferente. La permanencia de la palabra escrita se contrapone con el bamboleo de la oralidad. Lo escrito, escrito está, le dice Jesús a Poncio Pilatos y sabe lo que eso significa. Entre el Alfa y el Omega se guardan las cosas escritas, se depositan los símbolos de las estrellas, los mensajes sagrados, las pruebas al espíritu, las plagas, las bienaventuranzas, las promesas. Escribe, ordena Juan en el tercer capítulo del Apocalipsis, para abrir la puerta que nadie podrá cerrar. Plasmar por escrito un pensamiento o un sentimiento abre portones fantásticos que le dan vigor a la palabra. Escribir contribuye a la trascendencia. También le da consistencia. Si queremos saber qué fue lo que se expresó, basta repasar los renglones para entender

con fidelidad del mensaje. No hay fragilidad. En esta condición, escribir es un compromiso para quien toma la pluma y se hace cargo de lo que dice. La palabra que se plasma por escrito es cosa seria. El escritor cierne las letras, mezcla cenizas, lágrima, cólera, risas o angustia: forja ideas. Se lanza a la busca del material preciso para que lo dicho quede y no se lo lleve una borrasca que levante las letras y revuelva las intenciones.

La magia de plasmar ideas por escrito es que al hacerlo, se contribuye a la construcción de la memoria histórica. La palabra contribuye al recuerdo, a la reconstrucción de aquello que fue destruido, a ver lo que no está a nuestro alcance, a entender lo que era incomprensible, a acortar distancias. Sí, pero como también sucede, un material precioso puede ser usado para manipular, engañar y mentir. La brujas pueden cocinar venenos, los magos hacer conjuros fatales y los zapateros remendones dejar chuecas las costuras. La prudencia es siempre una precaución recomendada.

El amor a las palabras nos lleva a jugar. Ya sabemos lo que pasa cuando nos ponemos a retozar con fuego. La cordura es la mejor amiga de la buena intención. Es preferible sembrar letras en el espacio en blanco, como el agricultor que esparce semillas en la tierra. Entender que muchas de esas se perderán, otras edificarán y más tarde se demolerán. A veces, germinarán y, otras, se arrancará lo plantado. Siempre, como buen sembrador, el escritor velará por las palabras. Con cuidado apacentará sus vocablos y los hará reposar. Si algunos se fueron volando, irá por ellos a los lugares por donde se dispersaron. Buscará la palabra perdida y hará volver a la olvidada; pulirá a la fuerte, robustecerá a la débil y guiará a todas al lugar tranquilo de la reflexión para prepararlas y dejarlas listas para ponerlas por escrito.

Entonces, someterá su texto al público. Lo que se publica siempre tiene una intención. Va dedicado a alguien, a esa persona en específico o a muchos, no importa. Un escritor siempre tiene un destinatario. También tiene una intención: liberar a alguien de la mazmorra de las mentiras, de las neblinas del aburrimiento, de la esclavitud de la ignorancia, de las cadenas del sopor. Al publicar se

quiere compartir esa ilusión del misterio descubierto, esa felicidad de enigma resuelto, o bien, se quiere inocular la duda, la reflexión o una intención.

Pero, ha de ser por escrito, para que una ventisca no se lleve las palabras y las deje atrapadas en el calabozo del olvido. Con ese entusiasmo que no se puede acallar, que estalla en palabras, renglones, textos, imágenes, poemas, cuentos y narraciones y, que quiere volar para compartir esas realidades paralelas; con el mismo entusiasmo con la que una bruja revuelve la poción que prepara a fuego lento en el caldero, con el valor con el que un hechicero eleva la varita mágica o con la humildad que un zapatero remendón repara lo que se rompió creamos nuestro propio Hexamerón. Corremos nuestro camino de creación y dejamos entre tus manos el número dos de Por escrito.

La Editora General

PREFIERO EL DELIRIO

DE JUAN MARTÍN TORRES

Prefiero el delirio
a las profecías del orden
al empaque de teorías de élite
al bufido de promesas estudiadas

prefiero el delirio
de desnudarme frente al iris de tu piel
con el corazón bravío
a la sed maltrecha de amores

prefiero el delirio de la enredadera
que va enlazando abrazo tras abrazo
en el muro jadeante

prefiero el delirio de la poesía
extiende su cauce a los recodos oscuros
transgrediendo cual afán de la lengua
imprimiéndose en los muros que nos sobreviven

prefiero el delirio de la danza
que subleva el tendal de nuestra miel

prefiero el delirio de la hormiga obrera
viajante confidente
del sendero colectivo

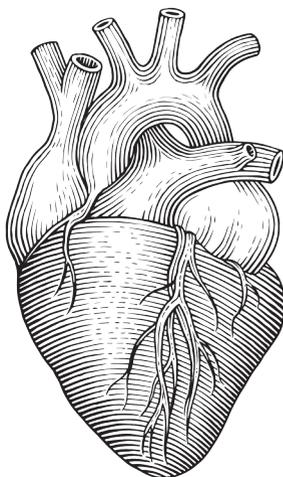
prefiero el delirio del indignado

al indigno

prefiero el delirio
si el perfume se privó de las tardes
el colchón y tu huella
pasaron a retiro
o la ciudad cayó del séptimo piso
y sus dueños barren los sesos del pavimento

prefiero el delirio
de dejarme estar sobre la tierra
husmeando entre el follaje único de la vida
su oscilación aploma y posible

si de la materia hablamos
prefiero (por sobre todo) el delirio
de aún hallar en los vivos en los países
de memoria soñolienta.



HOMENAJE

DE ELENA ESPADA

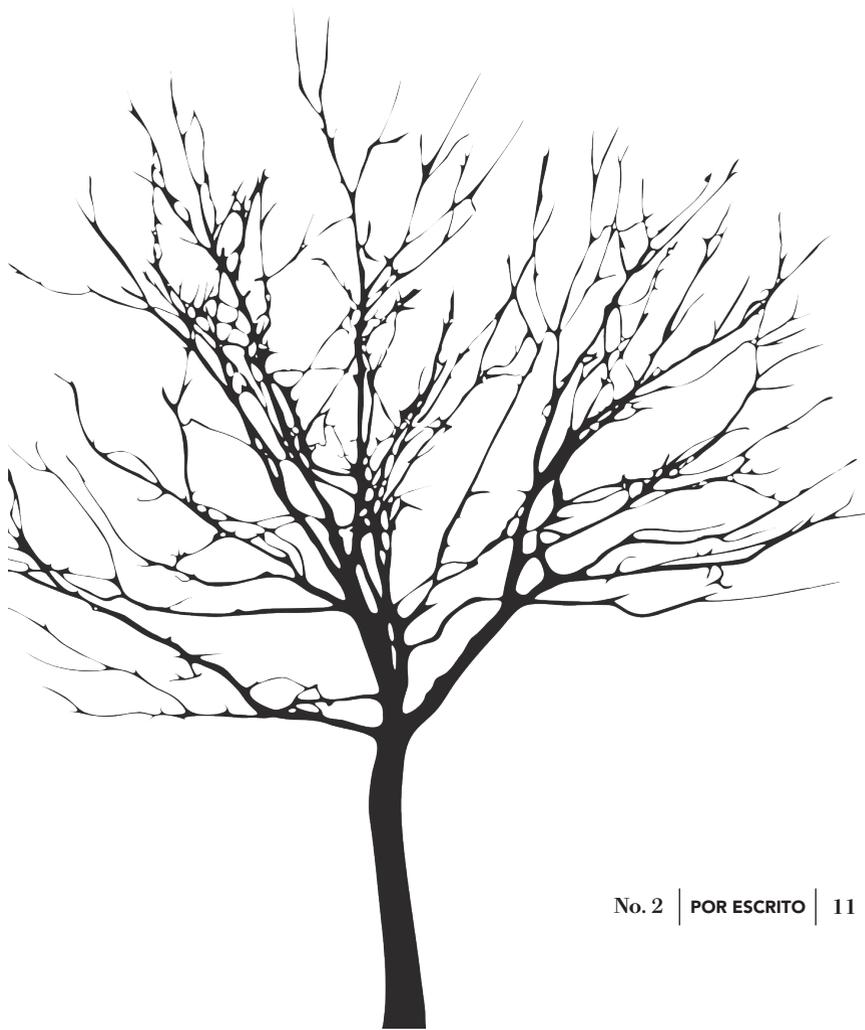
Me quedo con la muerte, si te vas,
que anida en tus zapatos.
Me quedo con la espina,
que es la rosa sin retorno,
con la boca muda que es ruido,
el silencio temido.
Con el fuego, amor,
que fuiste río de lava y ceniza,
ciclón de hoz sin espiga.

Muerte de olvido. Tan sólo muerte.
Muerte para el sabor a derrota,
para las horas de boca ansiosa,
para las heridas de sangre roja y lágrimas rotas.
Muerte para el recuerdo,
que es presente, aún existes, aún vives,
en mí.

No es el dolor inmune al miedo,
ni los dedos capaces de arañar el recuerdo.
Es la muerte que arrastra tu nombre
y deja una estela de sangre y amores,
¡Vete, no te quiero ver viéndote querer!

Es la muerte blanquecina, sogá bendita,
la que amamanta mis besos, la que habita mi pecho.
Vive en mí el dolor del sueño,
habita en ti el sabor que es tu dueño,
mis besos pequeños.

¡Es muerte! Muerte, lo que yo ruego.
Espejismo ciego,
ausente combate de cuerpo y deseo,
muerte,
muerte bañó mi cuerpo entre el delirio y tus huesos.
¡Vete, me sigues hiriendo!



LO JUSTO

DE TONY CANTERO SUÁREZ

—Ruego vivir otra vida sin prisas, ni apuros...

Con soles y lunas que giren tras un mundo mudo, pasando y cumpliendo, pero no corriendo. Ni lobo, ni perro, ni hueso, tan solo, viviendo. Mordiendo la carne y el fruto de un cuerpo desnudo. Sediento y con hambre en los sueños porque he amado mucho, barbudo, salado y meloso como el gel en polvo. Despierto, dormido, sanando en un bulbo y rendido ante un rostro. Cual pan que se chupa desde un vientre de urna, cual rosa que muta en ardiente lechuga y con rondas de búhos orando, alegrando espectros ya volados.

—Sacando el pecho, cediendo al gesto, con cantos brujos y ecos de anuncios...

—Pido vivir otra vida sin prisas, ni apuros...

De rosas, de verdes con sienas y azules con malvas, de plantas de plata, sin castas, de patria y yo loco en mi casa. La pluma, la lira, la alforja y las botas lustradas. Cantando a caricias del alma sin salir a buscarlas. Remando hacia una playa en mi barca con ella acostada, untándole espuma en la espalda y entre olas admirándola. Con blanco, con manchas y olor a tostado, con besos robados para regalárselos. Con vino de cepas de uvas de mi campo, bebiéndolo puro para disfrutarlo. Con restos de venus y sumos de Saturno.

—¡De frente lo juro, yo solo reclamo lo justo!

—Quiero vivir otra vida sin prisas, ni apuros...

—Y mientras cambia me ajusto, para sentir que me inspira y que al latir me siento a gusto.

—¡Sin prisas, ni apuros, lo justo!

ANTÍTESIS AFECTIVA

DE GIANCARLO BONILLA MERLO

No me abandones, quédate presente,
No me olvides, pero no me menciones,
No me ames, mas llévate mis pasiones,
No me esquives, no me mires de frente,

Te pido que no me dejes carente,
Y te pido tampoco me ilusiones.
Acobíjame ya con tus facciones,
No me atosigues... ¡no sé! ¿Estoy demente?

Perdona, no entiendas, mi ambivalencia.
Mírame y ódiame, enmudece, dime,
Lárgate, por favor, ven con frecuencia,

Ámame ya cuando te subestime,
No me temas, obséquiame tu esencia,
Y dime poesía aunque no rime.

BAMBI

DE RICARDO BERNAL

I)

Amanece. La bruja enciende su bola de cristal: luces de acuarela en el arroyo legendario. Debajo de las piedras brotamos, duendes eternos; bostezamos, caminamos hacia la superficie con diminutas botas de hule, fumamos pipas de nostalgia. Arriba de todo, el cielo es un sabueso mudo.

II)

A lo lejos, la casita de galletas: por las ventanas huyen las sillas, los sillones. El camino es de cuarzos y aspirinas. Nos acercamos. La puerta está cerrada desde la última lluvia: somos transparentes.

III)

En la cocina, enormes arácnidos prietos, con zancos y corbata de moño, saquean las alacenas. La luz es amarilla y verde. Vuelan frascos de mermeladas rojas, moradas. Escondido en un armario, Bambi lo mira todo. Llueve. Nos filtramos silenciosos a la siguiente escena.

IV)

Es el lobo y es la abuelita. Es caperucita y las risotadas negras rodeándola como una aureola de moscas. Es el otro Bambi debajo de la cama: tembloroso, aturdido. Nosotros estamos arriba, entre las telarañas. Entra el cazador y se saca una estrella de la boca.

V)

Al mediodía, los árboles beben el agua tosca que escurre de sus pestañas. La lluvia se aleja dando saltos rumbo al acantilado. Afuera de la casita: luces, labios, florecimiento de hormigas cargando mariposas moribundas.

VI)

Bambi de paja. Fotogramas de Bambi fotogénico mostrando dientes, ojos, costillas; probándose los guantes de una princesa dormida y olvidada. El cazador sale con su costal epiléptico auestas. En silencio, la casita empieza a desmoronarse: esquirlas de chocolate, migajas, astillas de caramelo macizo, higos de cristal. Bambi se retuerce, momia: se convierte en un alambre y salta hacia el techo. Bambi zombi dando vueltas, sus pezuñas tocando casi las frágiles orillas del espanto.

VII)

*Zzzzzzz zzzzzzz zzzzzzz zzzzzzz zzzzzzz zzzzzzz zzzzzzz zzzzzzz
zzzzzz zzzzzzz zzzzzzz zzzzzzz zzzzzzz zzzzzzz zzzzzzz zzzzzzz
zzzzzz zzzzzzz zzzzzzz zzzzzzz zzzzzzz zzzzzzz zzzzzzz zzzzzzz
zzzzzz zzzzzzz zzzzzzz zzzzzzz zzzzzzz zzzzzzz zzzzzzz zzzzzzz... (nubes de
sueño, serrucho y tronco).*

VIII)

Anochece: el viento desenreda cantos medievales. El cuenco de la luna vierte sus sombras al espacio donde desapareció la casita. Hormigas duermen, polillas duermen, ornitorrincos de sal se escabullen en el oleaje tenue del arroyo: en el fondo, Bambi también duerme amortajado en su escafandra. Nosotros decimos adiós con manos de peluche, caminamos en fila india rumbo al interior de las piedras. Pipas humeantes, pies sin fin, crisálidas.

IX)

Quiero ver, dice una voz. La bruja apaga su esfera de cristal.

INSCRÍBETE A NUESTROS TALLERES

TALLER DE LECTURA

Pon en marcha tu capacidad de comprensión y crea una relación entre la lectura, el aprendizaje y el placer.

TALLER DE ESCRITURA CREATIVA

Un espacio de aprendizaje de técnicas y estrategias para impulsar y fomentar tu creatividad.

TALLER DE APRECIACIÓN ARTÍSTICA

Aborda las diferentes corrientes y conoce los elementos estéticos que te ayudarán a apreciar cada expresión artística.

Para mayor información y/o horarios:
info@porescrito.org

SIMPLEZA

DE MARÍA ELENA SARMIENTO

—Pasa al siguiente —le digo a mi secretaria por el interfón.

Se tarda en contestar. Con una voz risueña, muy diferente a la habitual, por fin suelta algo como:

—Enseguida.

Lo pienso por un momento. Ella, como yo, es seria. No la había escuchado en ese tono. Me extraña, pero tengo que darme prisa en arreglar mi instrumental. No pienso más en eso.

Un hombre alto y huesudo entra al consultorio. Lo acompaña un aroma dulce, como el de los postres que solía preparar mi nana cuando yo era niña. La imagen del sujeto es ridícula: pantalones grises con pinzas, por lo menos dos tallas más grandes que él, camisa a rayas, saco arremangado y sombrero de fieltro.

La sonrisa que siempre extiendo por cortesía al conocer a un paciente nuevo no me cuesta trabajo esta vez. Él inclina la cabeza y se quita el sombrero. No puedo dejar de notar sus pelos tercos que se paran en todas direcciones.

Una pequeña risa estalla en mi interior, pero no me permito dejarla escapar. Conservo la seriedad que me distingue, que debe acompañar siempre al profesionalismo de cualquier dentista. Además, no vaya a pensar que me estoy burlando de él.

—Soy don Espirulando —se presenta muy serio y yo no logro detener una risa monosilábica que sube por mi garganta y me estalla en la boca. Intento hacerla pasar como tos. No puede ser que alguien se llame así. Toso un par de veces más, para hacerlo creíble. Me excuso como puedo. Salgo del consultorio. En el pasillo, suelto la carcajada. Tenía años que no me ocurría esto. Tardo una eternidad en dejar de reír. Cuando lo logro, entro de nuevo.

Lo primero que hago es ponerme un tapabocas. No quiero que se me note la sonrisa bobalicona que seguro me ha quedado en la cara. Él me suelta:

—Me duele aquí —se señala a la altura del premolar superior derecho, justo detrás de donde la faltan dos o más dientes. Se ríe.

Hago un esfuerzo por ponerle el babero.

—¿Usted cree que me haga falta? —me cuestiona con los ojos exageradamente abiertos.

—Para proteger su ropa mientras lo reviso —intento decir, pero él se ríe y me contagia.

Su mirada me parece la de un cómplice, alguien familiar de mi niñez con el que puedo jugar en confianza. Pasamos mucho rato desternillándonos. No sé de qué me río, pero no me importa. Las lágrimas me escurren con libertad mientras le doy gusto al cuerpo.

Cuando al fin puedo dejar de reír, tomo el espejo para introducirlo en su boca. Él se quita el babero mientras se levanta.

—Son doscientos pesos —me dice.

—¿Cómo? —le pregunto—. Todavía no lo he revisado.

—Su tristeza desapareció. ¿Quiere que yo regrese la semana que entra a la misma hora?

Tardo un momento en comprender. Saco la cartera.

—¿A esto se dedica? —indago mientras le entrego un billete, todavía riendo.

Mi secretaria entra al consultorio, muy alegre.

—¿Usted también pagó? .

¡ANÚNCIATE POR ESCRITO!

ESTE
PUEDE SER
TU ESPACIO

Contáctanos:
contacto@porescrito.org



ONCE MANERAS DE ENTRAR EN MATERIA

DE HÉCTOR ENRIQUE GONZÁLEZ

1

Hay un triángulo, mejor dicho, dos triángulos que representan y de algún modo modulan, asemejan las literaturas argentina y mexicana del siglo pasado. Son dos figuras geométricas que se superponen casi naturalmente. El vértice superior está habitado por las obras tutelares, indiscutibles y polémicas a un tiempo, de dos poetas esenciales de nuestra lengua, dos ensayistas hiperlúcidos y (es el solo caso de uno de ellos) un cuentista excepcional. Se trata, qué duda cabe, de Octavio Paz y Jorge Luis Borges. A izquierda o derecha, dependiendo desde dónde se mire y haciendo a un lado todo nominalismo político, podemos ver el vértice del Boom, movimiento insoslayable de la narrativa del siglo XX en nuestra lengua. De sus cuatro autores fijos (los reconocen Rama, Rufinelli, Julio Ortega, Rodríguez Monegal y el mismo José Donoso, miembro del segundo frente del grupo), el mexicano Fuentes y el argentino Cortázar responden por una obra sólida y definitiva en la historia de la literatura en español, sobre todo la que escribieron en los años sesenta y setenta del siglo pasado. Finalmente, los triángulos se completan con dos autores de obra parca pero impecable, intensa si bien escasa: Rulfo y Sabato, en efecto, comparten la exigencia de la exigüidad, el rigor de una escritura que no obedeció al dictamen de la siempre sospechosa abundancia.

2

Ha muerto, hace un lustro ya, Ernesto Sabato. Pero, ¿qué no había muerto antes? Sabato es de esos autores cuya obra es tan viva que se nos antoja que ya habían desaparecido del planeta, de lo definitivos que son sus libros. ¿Será eso la eternidad, una ignorancia del hecho puntual de la muerte? Vino la noticia transmitida por cable, por agencia

informativa, por tuit y face, esa pareja espantosa de espantapájaros ultramodernos, postes de señales que repiten lo que luego todos dicen (o al revés). Y sabemos que murió, precisamente, en la localidad ad hoc: Santos Lugares, provincia de Buenos Aires.

3

Nada más extraño que la locura de los personajes de sus novelas, su renuncia afectiva a integrarse a la vida social, su espinosa soledad, si la vemos desde la perspectiva de un escritor que, en la segunda mitad de su vida, sobre todo, abandona las ciencias duras –en su juventud llegó a trabajar con Madame Curie– y aun la práctica literaria frecuente, atareado por su responsabilidad al frente de comisiones y grupos de apoyo y defensoría de innumerables causas y derechos humanos. Pero es posible que, para construir su conciencia, el hombre precise de arrebatos de misantropía; que para identificarse con el mundo haya, primero, que separarse de él. Además, la tortuosa tentación de la congruencia, la violencia de hacer coincidir arte y realidad, es la que llevó a Castel, en *El túnel*, a asesinar a María Iribarne: supuso, presumió de un “vínculo secreto” entre la mujer y él mismo a través del cuadro que pintó; presumió, supuso que lo comprendía. Ante la evidencia de que tal empatía estaba solo en su imaginación, la apuñala diciéndole, reclamándole: “Tengo que matarte, María. Me has dejado solo”.

4

Todo Sabato es un informe sobre ciegos. Él mismo, ciego gradual (como Borges), pintó como Beethoven compuso: al tacto.

5

¿Por qué escribía su apellido sin acento? Todos le decíamos, le decimos *Sábato*, con esa clarísima tilde sobre la primera “a”, pero en sus libros nunca aparece tal énfasis sobre la letra. ¿Quiso alejar su nombre, así, de la peligrosa confusión con el día en que el dios hebreo descansó, según la Escritura? ¿O lo hizo para eludir la wildeana importancia de llamarse Ernesto?

6

El número 11 es el de la perplejidad, el del espejo, el de un mundo binario que se reconoce en su tramposa unicidad y se atora y ya no avanza. Cero y uno conducen, recomponen y ordenan el todo, el tedio cibernético; uno y uno, en cambio, detienen el caos, lo suspenden, lo enfatizan, lo elevan. Eleven, se dice en inglés. Del once al once, once, vivió una vez Ernesto Sabato.

7

Nada más encomiable que los personajes de Sabato: son directos, son reales, son intensos, son intolerables. Son argentínísimos. Son Borges, quien aparece inopinadamente en *Sobre héroes y tumbas* en una calle de Buenos Aires, paseando, y los amigos de la novela, Bruno y Martín, se van hablando de él y del padre Rinaldini, como quien denuesta el carácter de su vecino o un gol errado por la delantera del Boca.

8

En los grandes novelistas épica y lírica dialogan interminablemente: el mundo de uno y el universo, como se titula el más famoso ensayo de Sabato, es el de la intimidad objetivizada por la historia: contarla es contarnos a nosotros mismos entre los demás. Cien años de soledad es la vasta y mítica devastación de una familia, de un mundo, articulada desde el lenguaje de la poesía. En *Sobre héroes y tumbas* la historia personal de Martín se análoga a la de Juan Lavalle: la huida del “León de Riobamba” hacia el norte es la del viaje final del protagonista hacia el sur, a la Patagonia, no en caballo y como cadáver sino en autobús y como viva imagen de una idéntica desolación.

9

Pero como toda obra es contrapunto de sí misma (si se ha conseguido colmarla de vida propia), nada más ciego que pensar en la de Sabato como otra imagen deleznable del afectado pesimismo existencialista. Porque los materiales de sus novelas son densos, llenos de historias dentro de la historia, acaso lúgubres pero siempre nítidos (como el mundo sensorial de un ciego), el lector puede perder de vista los

matices de humana concordia, la mano justa de un “dios desconocido” que no deja de alumbrar a sus criaturas. En *Sobre héroes y tumbas*, por ejemplo, queda preservado de la carcoma y el cáncer de la soledad y la incomunicación, como apunta María Angélica Correa en *Genio y figura de Ernesto Sabato*, un sentimiento pleno: la amistad. Está su versión paternal en *Bruno y Martín*, la lealtad de los héroes de la Legión a Lavalle, la solidaridad de Bucich o D’Arcángelo, la filiación política, incluso, en el pasado de Bruno Bassán (“el más ceñidamente autobiográfico de los personajes del libro”) o la ternura maternal de Hortensia Paz, la sirvientita santiagueña que, casi al final, acoge a Martín: son los diversos rostros de un dios menos distante y distraído de lo que podría parecer a primera vista.

10

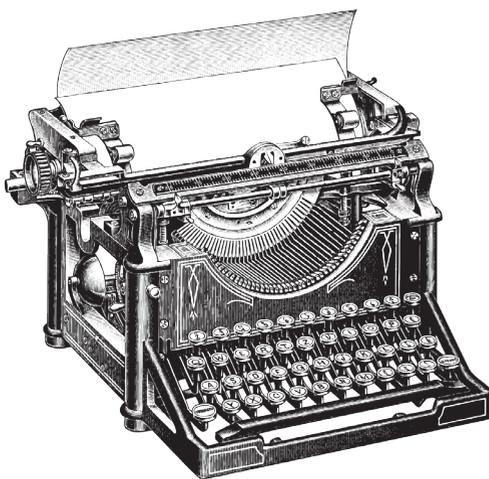
Nada mejor trazado y más informe que los protagonistas de sus novelas, el pintor de *El túnel*, la enajenada Alejandra de *Sobre héroes y tumbas*, el mismo Sabato en *Abbadón el exterminador*. Sorprenden con sus arrebatos, desespera su pesimismo alarmante, desconcierta su inmediatez; nos convencen solo a ratos su pasión o su pasividad, sus múltiples contradicciones, como el Molinari de la segunda novela, que a decir de Alejandra es un “respetable hijo de puta”. Las mujeres, sobre todo, son extrañas, herméticas, atractivas y difusas, astros inexpugnables siempre en el centro del universo, siempre (dentro de ellas mismas) fuera de lugar. María y Alejandra, en las dos primeras novelas, saben que su cercanía mata. Por eso se alejan, por eso el mar. Nada mejor trazado que esos personajes porque más viva que la perpendicularidad vial es la tortuosa, vacilante realidad de los callejones llenos de estrechuras y sobresaltos, de esa imperfección que, diría Paz, “avanza, retrocede, da un rodeo y llega siempre”.

11

Ernesto Sabato vivió un siglo completo en perfecta simetría. Nacido en 1911 y muerto apenas un siglo después, su obra narrativa puede dividirse fácilmente en dos mitades exactas. El punto medio, por cierto, es el año 1961, a los cincuenta de su edad y cuando publica la que

acaso se considerará su novela más lograda: Sobre héroes y tumbas, vasto mural de la historia argentina y de una ficción aún más atroz acerca de la familia de locos de Alejandra Vidal, en la que se interpola el famoso “Informe sobre ciegos”, capítulo tercero del libro. Trece años antes, en 1948, apareció su opera prima narrativa, la breve novela El túnel y trece después, en 1974, Abbadón el exterminador, su tercer y último trabajo novelesco. Antes de eso, durante los 26 años narrativos y después de ellos se esparcen los ensayos, los escritos políticos, los testimonios, los textos autobiográficos, el trabajo personal como pintor aficionado y el de carácter social como defensor, líder y bastión de innumerables causas en la devastada vida política de su país.

Su obra es un vértice inevitable; su vida una imagen de la verticalidad.



UNA SONRISA DE QUESO EN FORMA DE LUNA MENGUANTE

— DE CECILIA DURÁN MENA —

Después de los gritos, el azotón de puerta en la nariz. Ábreme. No. ¡Qué me abras! No. Se rasga una brecha insalvable. Cada una queda al filo del precipicio, haciendo equilibrios para no caer. Dentro está Telémaco buscando a Gepetto, pero se encierra. Afuera no está un viejito amoroso que quiere abrazar a su hijo. Está la Reina de Corazones quiere gritar la orden: ¡qué le corten la cabeza!, aporrea, gira la perilla que tiene seguro y le impide el paso. ¡Ábreme o ya verás!

No hay respuesta.

Cada una, en su lado, reclina la frente sobre de pedazo de madera. Se aferran al perno para no caer al acantilado oscuro. Tiemblan. El suelo tiene la consistencia de una gelatina. La tarde cede y la penumbra avanza. El foco zumba, chisporrotea, estalla, se funde. No hay luz. Ahí está el Gato Cheshire.

—¿De qué te ríes? —pregunta cada quien desde su trinchera.

Las mira, puede verlas a las dos. Está como dentro de la madera. Está integrado a la puerta de cedro, en un hueco que aparece en el bisel y que llena por completo, como una mancha que toca ambos extremos. Es el único que puede ver lo que sucede al otro lado de la tranca.

—Yo me sé la historia de lo que no sucedió y de lo que no va a suceder. Así ocurre aquí. De lo que no pasa y lo que no va a pasar brota la distancia, ¿entienden?

—No.

El Gato Cheshire agita la cola rosa con anillos morados. Sonríe. No pierde la sonrisa a pesar de que las dos están llorando. Se desdibuja y se materializa en forma intermitente. Por instantes parece imperceptible, se vuelve invisible. Lo único que se puede ver es esa sonrisa indisoluble, imborrable, permanente. Ahí está, las dos

lo pueden ver. Parece una gárgola que fija su mirada en ambas. Está divertido.

Es molesto. Aparece y desaparece. Su figura se desvanece poco a poco. Sin embargo, la sonrisa es lo que siempre queda. Ellas piensan que a menudo han visto gatos sin sonrisa, pero nunca una sonrisa sin gato. Ambas se dan cuenta de que han leído eso en algún lado. No lo recuerdan. No importa. Se sienten perdidas.

Cada una quiere preguntar hacia dónde tienen que ir. Eso depende a dónde quieran llegar. Ya no ven la figura del gato, sólo esa especie de queso en forma de luna menguante. Lo pueden oír. Le vuelven la espalda. Se recargan en la puerta. Se deslizan hasta quedar en cuclillas en el piso. Se abrazan las rodillas. Esconden la frente entre los muslos. Aprietan los párpados. No lo ven.

No importa, el gato sigue estando a sus espaldas.

¿Cuál es la historia de lo que no sucedió?, se pregunta la Reina de Corazones. ¿Cuál es la historia que no va a suceder?, se pregunta Telémaco. Las dos se pasan los dedos por el pelo que les queda revuelto. Están quietecitas. Tiemblan. El precipicio oscuro las rodea. Eso que piensas, no sucedió. Eso que imaginas, no va a suceder. Perciben un reflejo que se enciende y se apaga. Es muy tenue.

—Esa historia no es importante. No sucedió, no va a suceder —la voz del Gato Cheshire es tan absurda como lo que dice —¿En serio, crees que es absurda?

Elevan las cejas y se llevan la mano a la boca. ¿Cómo sabe lo que estoy pensando?

—Simplemente lo sé —la voz que les llega de lo alto les resulta incomprendible —Concéntrate. Lo que no sucedió no es importante. Tampoco lo que no va a suceder ¿Por qué tiembras? No ocurrió. No va a ocurrir. Lo importante es que la vida tiene un sólo sentido: hacia adelante.

Las dos pueden ver como el gato vuelve los ojos hacia atrás. Ambas sienten que se está desesperando. Ellas también. Cada una tiene deseos de abrir la puerta. Si no sucedió, qué importa. ¿Entonces, qué fue lo que pasó? No seas metiche, esa no es la tierra que se te tiene prometida. Telémaco tiene derecho a un espacio de privacidad en

donde Gepetto no puede meter la nariz. ¿Qué es lo que va a ocurrir? La Reina de Corazones está enojada, pero jamás se atreverá a levantar la mano en tu contra, primero se corta ella misma la cabeza.

El Gato Cheshire sabe que ambas tienen una fantasía exacerbada.

—Parece que no se conocen. Las brechas se salvan hablando. ¿Qué no saben dialogar? —ambas abren los ojos. El precipicio sigue siendo oscuro.

—¿Me podrías indicar hacia dónde tengo que ir desde aquí? —preguntan mirando a su alrededor. El barranco que las separa no luce tan profundo.

El Gato Cheshire sonríe con más intensidad.

—Eso depende de a dónde quieras llegar.

Las dos señalan la misma dirección. No lo pueden ver. La puerta se los impide. Una señala a la otra. No lo pueden ver. La puerta se los impide. Ambas quieren ir al mismo lugar. Se ponen de pie.

—Abre la puerta, por favor.

Pinocho tiene miedo de quitar el seguro, la Reina de Corazones empieza a respirar profundamente. El oxígeno le llega al cerebro. A Pinocho se le hace chiquita la nariz.

La perilla gira.

El Gato Cheshire está seguro de que estás dos tienen una gran fantasía, si no, ¿cómo es posible que Telémaco esté abrazando a Gepetto? ¿Dónde quedaron Pinocho y la Reina de Corazones? Todos son personajes de diferentes cuentos. ¿No? En fin, ya sólo queda una sonrisa de queso en forma de luna menguante.

HAMBRE

DE DORIS CAMARENA

Bajo corriendo las escaleras. Veo el reloj del andén. Tan tarde y los pobrecitos allá solos. Con tanta hambre. Culpa del trabajo. Cartas y memorándums de los que no recuerdo nada. Es por el ron. Me gusta el ron y a ellos les gusta que lo tome. Las borracheras dan alas a mi lengua y puedo estar horas contándoles una historia y otra. Por verlos contentos vale la pena la resaca. Los quiero tanto. Fui encontrándolos uno a uno, en diferentes lugares. Tan asustados, tan solos. El primero se resistió, lleno de pánico. Con los otros fue más fácil. Les regalé dulces, pan, huevos y leche tibia. Su hambre es tan grande, tan vieja.

La escalera del edificio llena de gente. Dos hombres cargan una camilla. Todos los vecinos hablan entre sí. No los oigo, ruego por que no los asuste la gente, por que no se les ocurra chillar. Hay policías en el pasillo. Y ellos no están por ningún lado. No sé si es alivio de que no los hayan visto pero un vértigo brutal me ataca. Tal vez el ron. O las pastillas para dormir sin soñar. ¿Dónde estarán? Muriéndose de frío y de hambre. Oigo retazos de pláticas. Un reportero pide una sola foto. Y los camilleros que no. El reportero jala la sábana y dispara el flash. Vuelve el vértigo, las frases oídas en pedazos: varios días, el olor, un frasco vacío de pastillas, una botella de ron, mutilaciones extensas. Cuando la sábana cae comprendo que, donde ellos estén, no tienen hambre. Aquí vive tanta gente. El vértigo se vuelve borrachera gozosa y con un resto de desprecio veo alejarse a los camilleros llevando en peso mi cadáver.

EN LA ALBERCA

DE CECILIA DURÁN MENA

A mamá le gusta sentarse en la silla de lona a vernos chapotear en la alberca. Se acomoda a la sombra de la palapa y abre el libro para empezar a leer, pero a veces pierde la mirada entre las nubes y otras, simplemente nos observa. Usa unos enormes lentes oscuros, tan redondos que le cubren casi la mitad de la cara. Siempre lleva un sombrero de paja en forma de hongo. Lo adorna con mascadas y paliacates que amarra alrededor de la base. Se ajusta el barboquejo de cuero, aunque no esté soplando el aire. A veces me lo presta, pero me pide que lo cuide y no lo moje porque se echa a perder. Juego con él al papalote, pero mamá se enoja y se lo tengo que regresar. No es juguete, me regaña y se lo vuelve a poner. Es raro que nade con nosotros, pero casi siempre mete los pies en la orilla y nos avienta agua. Yo sé que a mis amigos les da envidia, que les gustaría tener una mamá tan bonita que prepare limonada rosa y que los deje comer papas y dulces antes de la hora de la comida.

Ya empieza a hacer calor. Guardamos los guantes, los suéteres de cuello de tortuga, las bufandas y las chamarras. Dejamos en el clóset la ropa pesada y sacamos las camisetas que me gustan más. Salimos al jardín con los trajes de baño, las toallas de rayas, los tubos inflables, las chanclas de hule y los barquitos de plástico. Invitamos a los vecinos para que vengan a jugar a la casa. Mamá dice que estamos muy pálidos y que nos urge de salir del cuarto para asolearnos. Nos quita los audífonos y los aparatos, nos obliga a desconectarnos de Internet y nos saca a disfrutar del sol. El calor se nos mete al cuerpo. Hay una humedad en el ambiente que hace que salga vapor de la alberca. No se puede andar descalzo pisando el suelo, las baldosas queman.

Mi hermana Tita y su amiga se tienden al lado del chapoteadero desde temprano. Están ahí desde que terminaron de desayunar, una frente a la otra, y no paran de hablar. Mamá está distraída, tiene un abanico color azul turquesa con el que se sopla aire lentamente mientras suspira y se entretiene con las olas del mar. Chacho viene como a las once de la mañana, en su casa se levantan tarde y no lo dejan salir hasta que haya terminado de arreglar su cuarto. Llega con una pelota nueva. Es de esas de playa que tiene gajos de muchos azules. Nos la enseña con la misma ilusión con la que se presume un trofeo. Es muy grande y nos cuesta mucho trabajo inflarla. Nosotros tratamos de hacerlo solos y, como no pudimos, mi mami fue la que terminó de hacerlo. Nos aventamos a la alberca. Sacamos tanta agua que mojamos a mamá, a Tita y a su amiga. Ellas protestan pero nosotros ya estamos jugando con la pelota. Es muy difícil lanzarla, atraparla y cuando cae en la superficie, salpica mucha agua. Nos morimos de risa y mi mamá se divierte al ver cómo brincamos como chapulines mojados.

El sol ya está por todo lo alto y Reyna, siempre puntual, sale de la cocina justo a las doce del día, con una charola en la que trae la famosa limonada rosa, llena de hielos en una jarra que suda con gotas gruesas. También trae platos con jicamas, zanahorias, cacahuates, papas fritas y guacamole. Camina despacio, haciendo equilibrios para que los vasos no se estrellen contra el suelo. El crujir del pasto bajo sus pies hace que mi mamá vuelva la mirada y grite:

—Salgan. Vengan, miren qué cosas tan ricas nos trajo Reyna.

Dejamos la alberca de un brinco. La brisa se siente deliciosa sobre los hombros y la espalda húmeda. Mamá me sonrío y eleva las cejas apuntando a las toallas. Sí, ya sé que nos tenemos que ir a secar antes de meter mano a la botana. Mientras nos enrollamos en la toalla, escucho cómo caen los hielos mientras ella llena los vasos y los pone en la mesa de la sombrilla amarilla que Reyna colocó junto a la alberca.

Chacho y yo nos reímos al mismo tiempo y corremos junto a mamá. Queremos ser los primeros en llegar para ganar los

mejores lugares. Mi hermana Tita y su amiga, se tardan un poco más en secarse. ¿Qué se secan si no se metieron a la alberca? Se ponen una camiseta sobre el bikini antes de ocupar un lugar en la mesa. Las niñas grandes siempre se tardan más en hacer las cosas. Mamá acerca la silla de lona, consulta el reloj; ya es hora, dice entre susurros. Y pide que le traigan una botella que a Reyna se le olvidó en la alacena, también pide un caballito.

—No corran, pónganse las chanclas o se van a resbalar — advierte mi mamá siempre que salimos de la alberca. No han sido pocas las veces que hemos volado por los aires y nos hemos pegado en la cabeza o nos hemos caído por no hacerle caso. El piso es muy resbaloso cuando está mojado.

—¿Y papá? ¿No va a venir a comer? —pregunta mi hermana.

—No —mi mamá mete la nariz entre las pastas del libro, mientras se lleva a los labios el vasito pequeño con un líquido dorado.

Nos habíamos pasado toda la mañana dentro del agua, metidos hasta la cintura, aventando la pelota de Chacho y jugando Marco Polo y a las guerritas y a los atrapados. Las niñas grandes jugaban con nosotros, pero a ratitos. Se cansan muy rápido. A ellas les gusta platicar. Siempre hablan del mismo tema: sus galanes. ¡Qué aburrido! Nosotros en cambio, no paramos un sólo instante en toda la mañana. Salíamos corriendo a ponernos bloqueador para que mamá no se enojara. Ni tiempo dábamos a que se nos secase el agua del cuerpo cuando ya estábamos de nuevo en la alberca. Ésa es la forma para que el aire ardiente tenga una sensación agradable. Tenemos los dedos arrugados como viejitos.

—¡Sálganse ya! Vengan a comer.

¿A comer? Si apenas nos acabamos la botana. Me fijo en el reloj de la terraza y me doy cuenta de que el tiempo pasó rápido. Ya son más de las dos de la tarde. Reyna ya puso en la mesa el mantel de cuadros de la hora de la comida.

—¿Y, papá?

—Mira, mi amor, los cuadritos rosas y blancos hacen

juego con el bikini de mamá. Mira las bolitas de los mismos tonos —mamá juega con la punta del mantel.

Nos comemos a toda prisa las papas, los sándwiches y las galletas con paté que nos prepara mamá, porque queremos volver rápido a la alberca. Pero, no podemos: tenemos que esperar a que se nos baje la comida. Nos tiramos en el pasto de panza con las rodillas flexionadas y las plantas de los pies en dirección al cielo. Los rayos del sol nos secan el traje de baño.

—¿Ya? —miro a mamá con ojos suplicantes.

—¿Ya qué? —dice y le da un trago largo al vasito chiquito al que ella le dice caballito.

—¿Ya nos podemos meter a la alberca?

—¿Cómo crees? Apenas van cinco minutos. Se acaban de salir —con otro trago deja vacío el vasito.

—¿Cuánto falta?

Mamá quiere consultar el reloj. Su mano tropieza con el caballito y el líquido se extiende sobre el mantel de cuadritos. La mancha crece a gran velocidad. Mamá quiere limpiar pero no atina. Reyna llega con un trapo y lo arregla enseguida.

—¿Por qué no podemos?

—Porque se les tuerce la panza —dice y hace bizcos.

—Entonces, ¿podemos meter los pies?

Mamá está sirviéndose un poco más hasta llenar el caballito.

—¿Eh, mamá? ¿Podemos?

—¿Qué? —está concentrada en el fondo del caballito.

—¿Podemos meter los pies? ¿Podemos, podemos, podemos?

—¿Dónde anda papá, mamá? ¿Por qué no vino a comer hoy tampoco? —la voz de mi hermana Tita me parece muy dura. Su amiga le da un codazo y mi hermana la mira sacando chispas.

—No sé. Está trabajando, creo. Pregúntale qué anda haciendo, ahora que llegue. Bueno, si no llega demasiado tarde —noto que mamá está hablando muy lento.

—¿Con quién se fue a comer, mamá?

—¡Ya te dije que no sé! Está trabajando. Tu padre está

trabajando —agita la cabeza, eleva el dedo índice y se sostiene de la mesa con la otra mano, como si se fuera a caer.

—Mamá, ¿podemos meter los pies a la alberca? —insisto. Nos mira. Sonríe. Sonríe mucho. Parece como si estuviera viendo a alguien más, a alguien que estuviera atrás de mí, como si fuera transparente. Asiente, agitando la cabeza tanto que el sombrero se le descoloca y los lentes se mueven de lugar. Los ojos están rojos. La nariz también. Ladea la cabeza. Parece que le pesa mucho. Parece que se va a caer. A nosotros nos da risa. A mi hermana no le da risa. Mamá tiene sudor sobre el labio superior. Se lo limpia con la mano en vez de usar una servilleta.

Mi hermana baja los ojos. Aprieta tanto la servilleta que tiene entre las manos que los nudillos se le ven amarillos. Creo que no quiere que nos metamos a la alberca. Mamá sonríe. No me contesta. Tita, mi hermana, frunce el ceño.

—Mamá, no seas así. ¿Para qué quieres que te roguemos tanto? ¿Podemos?

Mamá se lleva las manos a la cabeza. Se aprieta las sienes. Hace círculos. Avienta el sombrero al suelo. Pasa los dedos por el pelo y se quita la liga que le sujeta la cola de caballo. Los rizos se le deslizan por los hombros. Está como adormilada. Se estira con un suspiro ruidoso. Mueve las manos frente a los lentes grandes y redondos, como si estuviera espantando insectos.

—¿No quieren un poco de pay helado de limón? Lo traje papá del súper. Está en el congelador. ¿Quién quiere? —pregunta mi hermana con voz un poco nerviosa.

Chacho y yo levantamos la mano. Gritamos: ¡yo! Corremos detrás de mi hermana, que nos sirve un par de pedazos grandes.

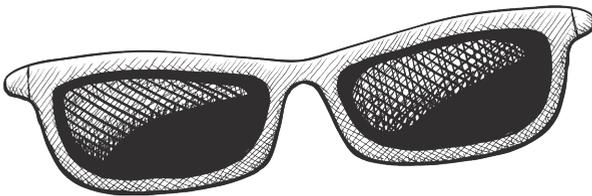
—Vayan a comérselos allá en las graditas. Luego, si quieren, pueden meter los pies al agua. Pero, antes se ponen bloqueador, ¿entendido?

—¿Mamá ya dijo que sí?

Mi hermana me revuelve el pelo con cariño y a Chacho le da golpecitos en la espalda. Nos sentamos en las gradas a comernos

rápido el pay, antes de que se derrita. Está haciendo tanto calor que mi mamá ya se quedó dormida sobre la mesa. Tiene los lentes chuecos, el sombrero descolocado y la boca abierta. Mi hermana se acerca a quitarle el caballito que tiene en la mano.

Tita, mi hermana, le dice a Chacho que no le vaya a contar a nadie que mamá se duerme sobre la mesa. Le explica que tiene que ser discreto para que lo sigan dejando venir a jugar. Chacho eleva los hombros. Le da su palabra y hace como que cierra un candadito sobre los labios. Tita y su amiga están platicando, miran a mamá dormida. Nosotros aprovechamos que nadie se da cuenta y nos volvemos a meter a la alberca. Y no nos pusimos bloqueador.



BREVE ANTOLOGÍA BREVE

DE YAMIL NARCHI SADEK

La obra

Se abre el telón. Un hombre come uvas. El público espera. Les han dicho que es la mejor obra de su tiempo. El hombre come uvas. Los críticos han alabado el ingenio del director, la sutileza de la actuación. El hombre come uvas. “¡Una revelación!” apareció escrito el 16 de mayo en Jornadas Teatrales. “Acción sin límites” decía la sección de teatro de El Cotidiano apenas un día después. El hombre ha dejado los racimos vacíos. Sólo una uva queda. Cuando se la está llevando a la boca, la uva reacciona. En saltos desenfrenados, golpea al hombre en la cara, el sexo, la nuca. La uva se aleja, cobra la velocidad de una bala y le atraviesa el cráneo, entrando por el párpado izquierdo. Silencio. El público reacciona, aplaude, se pone de pie. Aplauda furiosamente. Telón.

Un zapato

Dijo que era virgen y no me importó. Conduje hasta el hotel, pagué, entramos. Me impidió que pidiera champagne. Yo ansiaba acariciar todo su cuerpo. Cuando salí del baño, me pareció poética su imagen en el balcón abierto. La quise abrazar, pero comenzó su ascensión. Sólo alcancé a quedarme con un zapato suyo. Blanco. Lindo. Me carga la chingada. Tengo que aprender a escuchar.

Sombra

Me empecino en pisotear mi sombra, cada vez con más coraje. Hasta que el sol me confronta y mi sombra se vuelve quien me persigue a mí. Quiere vengarse.

Velocidad

Érase un hombre que odiaba las minificiones. Pero eran demasiado rápidas: no podía acabar con ellas.



CURSOS DE CAPACITACIÓN

en temas de:

- Alta Dirección
- Administración
- Sociedad y Humanismo
- Finanzas
- Comercialización y Logística
- Emprendimiento

INFORMES:

cduran@mirra.cc www.mirra.cc

CONSUMADA

DE ANDREA FISCHER

1

Mira cómo viene la multitud de almas: en silencio, con los ojos pálidos, desparramándose en el cielo, como un día nublado.

2

Tiene los ojos cerrados, pero sigue el empedrado con los pies descalzos. Es una ráfaga más, que se esfuma con la respiración de los árboles.

3

A veces me gusta mirarme en tus ojos: ahí encuentro los pedazos de espíritu que me faltan —que desaparecieron después de tus pupilas.

4

Y mira cómo vienen: vestidas de eternidad, con la mirada en la nada y los pies desdibujados, como marcas de lluvia.

5

En las manos lleva un papel arrugado con siete sellos, y desde los párpados desprende resinas de otros tiempos.

6

Me hablas con los ojos clavados en la esquina, y el cuarto se consume entre los espacios de tus pestañas
cada vez más polvosa.

7

Recubren la bóveda con sus túnicas expansivas.
A lo lejos, un grito
y luego, un trueno.

8

Camina con la mirada fundida. Detrás de su pisada se hace una estela de neblina.

A través de la neblina se distingue un IV sobre su tobillo derecho.

9

Ya tiene rato que no despegas los labios: la piel de la cara parece de pergamino y tus párpados caídos, dos carpas de circo en desuso.

Colapsadas.

10

Todas las almas bajan del Paraíso a la veleta del mundo.

Y las del mundo se conglomeran en el Estandarte Eterno, como moscas en una tira adhesiva.

11

No se oye su respiración mientras sube la escalinata. Son pisadas contra el mármol, y nada más.

12

Tus suspiros.

Las siluetas sobre la pared.

Tu pecho, que se quiebra con tu exhalación.

13

Mira cómo se escurren: lluvia blanca

sin peso

contra un cristal cortado.

Y no se oyen: a las almas no se les escucha.

14

Acantilados de diferencia que se dibujan sobre la mesa de madera.

Nudos de árboles pasados, hechos utilidad y vueltos a la nada

la que nos separa lejos, tan lejos: a una mesa de distancia.

15

Un latido

sus pies, arrastrando la eternidad sobre cada escalón
azotándola contra el mármol

16

Círculos concéntricos

mudos

recorren las almas

alrededor de la Veleta del mundo:

un tornado insonoro

17

Siento que te deshaces. Pedacitos de cal se caen

desde tus cejas

estatuas de sal.

18

Cuando el mármol no da más escalera, la niebla que desprenden
sus plantas se desvanece.

19

Aparecen los cuatro jinetes, y las almas se detienen. Se escucha el
Grito del mundo, y luego es el silencio.

20

Vuelve a tus ojos la vida.

Quiebras la expresión,

y el techo se cae a tu alrededor.

21

El papel se le cae de la mano. Cuando toca el suelo, la escalera se
desploma.

22

Almas estáticas y jinetes suspendidos. Un temblor en potencia,
discreto.

23

Contempla los deshechos blancos, y se lamenta con la respiración
entrecortada
y los ojos desorbitados

y la sonrisa tensa.

24

Miras en torno tuyo, sin dar crédito. Ya no hay acantilados: hay
cenizas.

25

Las almas se deshacen, una a una
y los jinetes se quedan sin armadura.

26

Dejas la silla,
y te elevas.

27

Se ve cómo cae desde lo alto, sin alas, hacia el polvo de mármol.
Cae, cae, cae, ca, c, .



LABORATORIO DE CUENTO FANTÁSTICO



Imparten: Doris Camarena y Ricardo Bernal

El objetivo de este laboratorio es proporcionar, por medio de ejercicios y lecturas, los elementos teóricos, críticos y prácticos para la elaboración de cuentos de corte fantástico. Además del trabajo individual, se harán lecturas analíticas a cuentos de Edgar Allan Poe, M. R. James, H. P. Lovecraft, Ray Bradbury, Jean Ray, Michael Ende, Clive Barker, Philip K. Dick, Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Francisco Tario, Juan José Arreola, Amparo Dávila y Emiliano González, entre otros autores.

CONTENIDO TEMÁTICO:

Introducción
Los géneros literarios
El cuento como género
Nociones de lo fantástico
El cuento de terror
El cuento maravilloso
El cuento de ciencia ficción
El cuento para niños



DURACIÓN: 36 horas (12 sesiones)

HORARIO: sábados de 11:00 a 14:00 hrs. **INICIA:** 30 de abril.

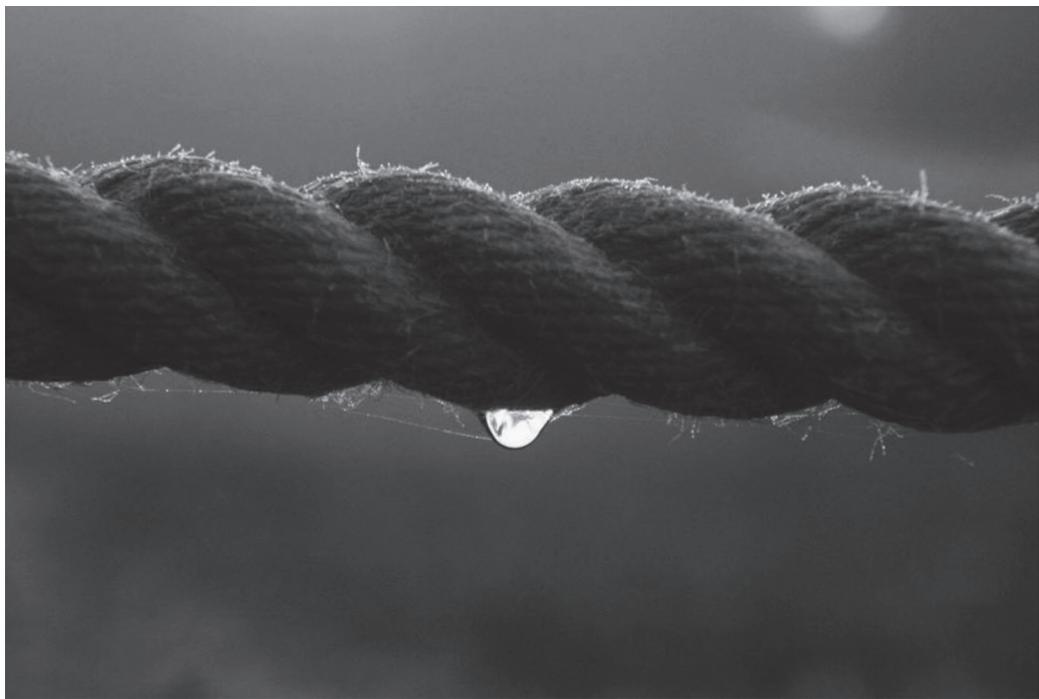
COSTO: \$2,990

SEDE: POR ESCRITO. Centenario # 66, Coyoacán. Ciudad de México.

IFORMES E INSCRIPCIONES:

supersister27@gmail.com y Cecilia@porescrito.org

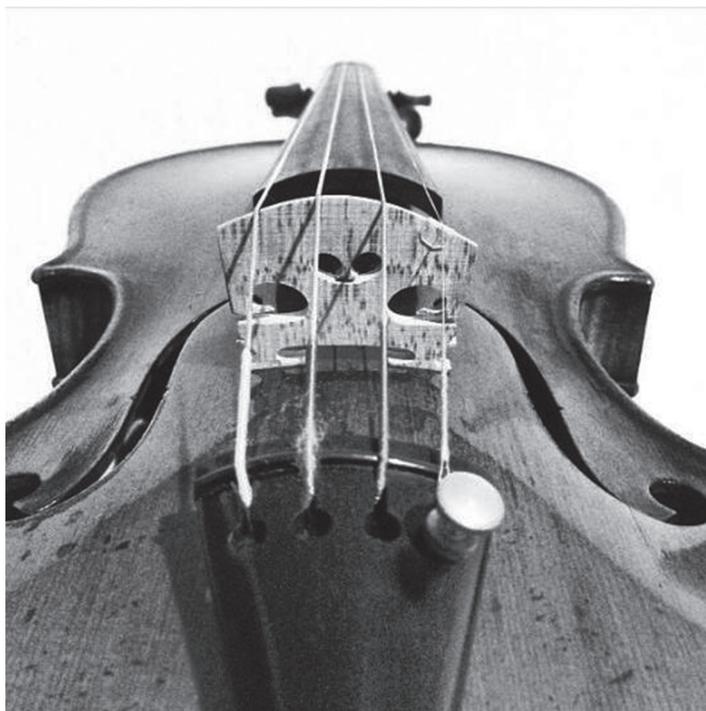
Tel: 5552-4397 (mañanas). Cel: 04455 2943-7504



SOSTENIDA
Sula Allibone



RECOVECOS
Misaki Matsuda



PARALELO
Misaki Matsuda



A TRAVÉS D'ORSAY
Andrea Fischer



FANTASMAS DE TELA
Valeria Flores



BARRO
Daniela Fischer





SIN TÍTULO
Martha Echevarría

(Izquierda)
INMERSO
Isabela Ripoll



TELAS
Adrián Marquina



A LA EXPECTATIVA
Adrián Marquina



PARÍS
Estela Alberte



MOUGÁS
Estela Alberte

TODAS TUS NOCHES Y LAS SUYAS

DE FERNANDO N. ACEVEDO

Es como presenciar una mañana nublada que da paso a un horizonte verde, húmedo de rocío, cuando el viento fresco trae consigo la transparencia que toma su lugar. Así comienza, temerosa pero firme; su voz baja, como si no supiera de antemano, palabra por palabra, lo que está a punto de narrar. Cuando llegas la encuentras esperándote. Paradoja: eres tú quien desea su presencia. La invocas. Quien acude no debe esperar, pues es quien invoca el que espera a quien acude. Si acude. Y ella está. Como esperándote. Apenas nota tu presencia comienza a narrar. No antes. Entreteje palabras que nunca recuerdas pero sabes maravillosas, fantásticas. Está por ti y para ello. Narra. Tu día transcurre con el único fin de escucharla. La referencia obvia es frecuente en tus pensamientos. Pero tú no la mantienes viva por y para ello. Es ella quien parece mantenerte vivo con la voz, con el producto de su imaginación. Dones que no posees pero aprecias. Y ciclo es. Invocas durante el día todos los días. Esperas que ella espere tu llegada. Ella no espera y comienza. Tú llegas siempre a tiempo creyendo que ella espera. Y cuando te vas a transcurrir de nuevo el nuevo día, en alguna otra parte el suyo termina. Te invoca y es por eso que te espera cuando llegas. Eres viento fresco que barre su horizonte, perla de rocío su prado, hace temblar su voz que duda, como si no supiera de antemano, palabra por palabra, lo que está a punto de narrar. Para que tú lo escuches. Pues ella narra palabras que entreteje, maravillosas, fantásticas, que tú nunca recuerdas pero aprecias y sabes escuchar. Don que ella necesita. Todas tus noches y las tuyas.

UN CANON A TRES TOSES

DE VIRGINIA MEADE

Me autoproclamé primera voz, no por el color que ella pudiera tener, ni siquiera, posee un buen vibrato, sólo fui la que inició todo. Mi instrumento de viento se llenó de aire, la inspiración fue profunda y dolorosa; el diafragma, se abrió exigiendo respuesta de los pulmones; pero ni aun cuando se relajó, produjo algún resultado; no hubo descanso, el proceso de contracción espasmódica se reinició varias veces, sin que hubiera la liberación violenta del aire. La tos fue seca, dura. Por días quedé afónica, refugiada en el cuarto de la televisión.

Con una tonalidad diferente, desde la recámara, un timbre bajo y profundo, la segunda voz, la tos de mi esposo, empezó el canon. Ahí sí existía la armonía; liberaba violentamente el aire y el sonido poseía un paroxismo prolongado. Para este momento, desde mi cuartel, yo me unía con un esfuerzo fallido, apenas un desfalleciente tosido que nunca alcanzó la plenitud. Todo esto parecía un ensayo, hasta que mi hija, se incorporó al esfuerzo para lograr el canon en espiral. Yo iniciaba, mi esposo me combatía con estruendo y ella terminaba para darle paso a la primera voz que seguía siendo patética. La tos de mi hija fue alegre y explosiva; alcanzó niveles agudos y sibilantes.

Mi hija desde su refugio decía: ¡no es justo! Así que cada quien, armados con suficiente agua, jarabe y cajas de pañuelos desechables, cantamos nocturnales hasta el amanecer.

EL CURADOR DE ESPALDAS MUERTAS

DE TONY CANTERO SUÁREZ

De sal, de miel, de azúcar y cal de ser, de cepas, se escuchan historias de estas, de otrora, de ayer y nuevas, pues la memoria es eterna y más vieja que las calendas griegas. Mezclas de leche con vaselina y esperma, de piel en limonada con retazos de placenta, de cabezas que se encajan en blancos sobre entrepiernas. De verrugas con ojivas, de parta y vuelva, de chupones, de suspiros y de flemas. De caderas y de puertas entreabiertas, de rosas secas.

—De velas, de cera y de perlas en conserva, de luna llena de cometas; y el sol tras ella...

—¡De mi estrella; y de otras presas...!

—De alegrías, de penas, de metas y por supuesto de químéricas químeras, pues soñar nada nos cuesta y cuando orgullo nos queda, vendemos espaldas muertas en el salón de la feria.

—Contándole historias de estas, a quienes vengan por ellas, cuando vienen a ponérselas...

Las colecciono y escojo en un establo para potros que he cubierto de matojos para que no descubran mis logros, en una granja hecha a hombros donde laboro a mis antojos, trabajando aunque me cubra el polvo. Está equipada de un laboratorio, de un polo con el centro bolo donde se hierven oprobios, de un labatín microcósmico para depurar con cloro y de un pozo, obvio, para ahogar los sentimientos de odio, el morbo y los cuentos bobos.

—Los defectos, las ranuras y los malos ojos, de quienes me donan sus órganos...

—¡Y mi método es secreto y mi concepto simbólico, pues lo hacen todos; y no me impongo!

Ya ve que él me dio su espalda y hoy la tiene ante sus ojos, le muestro otro más gordo y si desea la de un buen mozo, mire este que le propongo. Espaldas de oro, a precio módico, con marca y todo. También tengo si desea para su mujer, su suegra, su amante y para su hermana si pliega,

espaldas de hembras, con diferentes emblemas. Me han dado espaldas tan bellas, que si Sotheby's se entera hace subastas de leyendas, con lo mejor de la tienda.

—Me dio la espalda en la acera, me extendió su mano izquierda, me miró al rostro y antes de darse la vuelta, me dijo que usted vendría por ella, de mantenerle envuelta, aquella...

—La negra, para espantar las abejas, pague y llévesela y piense a la vuestra, a la que quiera pues tengo espaldas de fiesta y que se las dan de carretas, no tema, le hablo a sabiendas...

—Lo que nos dan no se presta, como mínimo se arrienda, en culto a la espalda ajena.

—A las que nos dan aunque en ello el valor pierdan, pues el sentido que cuenta, se observa; y aunque muertas las espaldas no fermentan, pues les curo las mierdas antes de venderlas.

¡Y las dejo sin maneras mutando piel mientras secan, para que valga la pena, la empresa...!



LA NINFA DINAMITA

DE TONY CANTERO SUÁREZ

Anunció que llovería y el diluvio duró días hasta irrigar la campiña destellando de sus guías, alardeó con su sonrisa y de sus labios de Ninfa brotó en nata la saliva, como la gelatina livida. Giró su arco y goteó melado de sobacos, corrió perdida y quedó atrapada entre dos bancos. Hornó delicias cuando cenamos y saboreamos la vida íntima, bebió exquisito ron de tabaco y ebria y mojada cedió redonda, incurvandome sus triángulos al cuadrado. Hiló círculos de carnico y extasiada gravitando, tronando encendió condados.

—Y si hubieran visto el cuadro en que montamos, se dirían que la expresión sin calendario reseña actos que con ilusión realizamos, cual luz de estrellas colgadas, de campanarios...

Gritó mi vida y la dije mía, mi sol, mi luna y el cielo en trizas de almas oníricas, para encantados cantarnos, maravillas. Reiteró tu don me envicia y me repican tus rimas, que se daría caricias con mi cable en la avenida, en su vagina divina, explotada entre delicias y rociando agua bendita sobre el jardín de las Divas. Que abordaría el tranvía que nos lleve hasta la quinta y si en la séptima esquina, la orquesta refleja lírica, se iría conmigo a vivirla entre mis brazos que coitan. Consentida cual bombilla y excedida por mi lira que la excita.

—Y cuando tocó mi barbilla, quedó en la orilla tendida, aún vestida de guerrera que rendida, se entrega entre sílice y rítmica; y cuando le toque su mirilla, se disparó poseída.

—Y cuando entendí, dinamita, ya no existía una cuartilla y ni la paz predecían, loquita...

—Se desataron guerras, se estremeció el arpa herida, fecundó y pulió mi lima y de sus entrepiernas sísmicas, brotó en chorros lava tibia, hasta que volvió a la calma sin camisa.

—A escampar con melodías en una cima encendida, dándome lo que prometía la realista, la cosa rica que eriza a quienes lean mi poesía, la que cual musa me activa y pone al día...

—¡Su dinamita hecha tinta, que me ilumina la vida!

EN UNA ESQUINA DEL SUBURBIO

DE OMAR GONZÁLEZ

En literatura... la realidad es lo imaginado.

Carlos Fuentes

Una ciudad no es sólo una ciudad sino la suma de las ciudades que le habitan. Ciudad-enigma, ciudad-misterio, ciudad-destino; ciudad-mazmorra, ciudad-trama, ciudad-narrada; ciudad-deseada, idealizada, inmaculada, visualizada y recreada en la memoria, pervertida al paso de los años: ciudad-recuerdo en la que se reconcentra esa urbe desconocida en la que habita el fuego concentrado de la memoria; lo que se imagina, lo que otros han referido.

En 1965 Jorge Luis Borges publicó *Para las seis cuerdas*; 11 milongas escritas en octosílabos que recrean la ciudad inhabitada por él pero vivida y habitada por soberbios personajes fundadores de “la secta del cuchillo y el coraje”. Treinta años antes, Borges antes había dado a la imprenta un ejemplar de “tapas rosadas”, algo así “como revés de naípe” donde recuperaba la memoria del poeta Evaristo Francisco Estanislao Carriego Giorello, a quien la literatura recuerda solamente como Evaristo Carriego, nacido en Paraná el siete de mayo de 1883.

A los cuatro años llega Carriego niño al barrio de Palermo. En éste conocerá a un párvulo Jorge Luis Borges nacido en 1899. Más de una década, en apariencia, los separa.

En el prólogo a su Evaristo Carriego Borges puntualiza: “...me crié en un jardín, detrás de una verja, con lanzas, y en una biblioteca de (...) libros ingleses. Palermo del cuchillo y de la guitarra andaba (me aseguran) por las esquinas... (...). ¿Qué había, mientras tanto, del otro lado de la verja con lanzas? ¿Qué destinos vernáculos y violentos fueron cumpliéndose a unos pasos de mí, en el turbio almacén o en el azaroso baldío? ¿Cómo fue aquel Palermo o cómo hubiera sido hermoso que fuera?”

Con su ensayo biográfico sobre Carriego, Borges pretendía contestar esas preguntas con un “libro menos documental que imaginativo”. Cuando en 1965 Borges publica *Para las seis cuerdas* da solución de continuidad a las respuestas planteadas inicialmente en el ensayo y que había venido formulando y respondiendo desde *Fervor de Buenos Aires*, *Luna de enfrente* o *Cuaderno San Martín* publicados en 1923, 1925 y 1929, respectivamente, al regreso del viaje a Europa que junto a sus padres, su abuela y su hermana Norah había iniciado en 1914.

En 1921, dos años antes de la aparición de *Fervor de Buenos Aires* Borges y los suyos están de vuelta; pero es probable que ese Palermo primero sólo exista ya en la memoria de Borges y en la que de Carriego, muerto en 1912 guardaba, pero que es ya ese poeta de quien Borges sostiene nueve años después que “pertenece a la eclesia visibilis de nuestras letras... y a las más verdadera y reservada eclesia invisibilis, a la dispersa comunidad de los justos...”.

Sin embargo, no es sólo en *Para las seis cuerdas* donde Borges aborda ese pasado que vislumbraba a través “de esos tangos de Arolas y de Greco” que supuso haber “visto bailar en la vereda”. Esta idea, expresada ya en *El Tango*, poema incluido en *El otro*, el mismo (1964) y que antecede a *Para las seis cuerdas* (1965), pero que se conecta con *Arrabal*, que forma parte de *Fervor de Buenos Aires* (1923), cuando escribe: “y divisé en la hondura/los naipes de colores del poniente/y sentí Buenos Aires. Esta ciudad que yo creí mi pasado/es mi porvenir, mi presente;/los años que he vivido en Europa son ilusorios,/yo estaba siempre (y estaré) en Buenos Aires”.

La ciudad, sus calles, sus casas; los aljibes, los patios, las altas, verjas; el poniente y su tono de naipe de colores, las sombras lejanas y apacibles o inquietas, el continuo acto de recordar para decir: “He nombrado los sitios/donde se desparrama la ternura/y estoy solo y conmigo” tal y como escribe en *Cercanías* o cuando en *Un Patio*, desliza: “El patio es el declive/por el cual se desparrama el cielo en la casa./ (...)Grato es vivir en la mitad oscura/de un zaguán, de una parra y de un aljibe”, incluidos en *Fervor de Buenos Aires*.

Es sin embargo en *Para las seis cuerdas*, donde Borges mejor recuerda ese “...turbio/ pasado irreal que de algún modo es cierto”, a

través de una serie de once milongas en las cuales “el lector debe suplir la música ausente por la imagen de un hombre que canturrea en el umbral de un zaguán o en un almacén, acompañándose con la guitarra” tal y como el poeta plantea en el prólogo de este singular conjunto de poemas, o milongas, como las llamó.

Asistimos en Para las seis cuerdas al inusual espectáculo de un pasado de arrojo y valentía y voces de mando en los puntos extremos de una urbe en formación hacia “el mil ochocientos noventa y tantos”; un tiempo que Borges solo pudo conocer por referencias, por haber prestado atención a Carriego cuando éste visitaba la casa familiar los domingos y guardarlo así en su memoria para expresarlo en más de una ocasión.

En Milonga de dos hermanos, Borges concluye que Caín sigue matando a Abel cuando al verse superado por su hermano El Ñato, Juan Yberra “le dio muerte de un balazo/allá por la Costa Brava”; tendiéndolo luego sobre las vías del tren para que el rostro de aquél quedase desfigurado. Trazo poético que sirve para dejar en claro la visión que expresa en El Tango cuando dice; “¿Y ese Yberra fatal (de quién los santos/se apiaden)/que en un puente de la vía, /mató a su hermano El Ñato que debía/más muertes que él, y así igualó los tantos?, contando de ida y de vuelta una historia que por breve es, precisamente, rotunda; circular, borgesiana.

En la Milonga de Jacinto Chiclana al igual que en la Milonga de don Nicanor Paredes, Borges evoca lo mismo al hombre comedido incapaz de alzar la voz —el caso de Jacinto Chiclana— que a caudillos de “Lacia y dura melena/y aquel empaque de toro/...” como Nicanor Paredes quien en realidad existió y se llamaba Nicolás; caudillo de barrio que si veía armarse “...algún entrevero/él lo paraba de golpe, /de un grito o con el talero” para luego seguir impasible contando “sucuidos/al compás de la vihuela” y a quien solían acompañar hombres de “valor sereno” como Juan Muraña o Saverio Suárez. El primero, presentado ya desde El Tango como un soberbio cuchillero. El segundo, nombrado al paso en Milonga de Nicanor Paredes y que reaparece como figura ya definida en Un cuchillo del norte y de quien se sabrá en ese poema “que en garitos y elecciones/probó siempre que era el bueno”.

Al lado de esos caudillos, están también aquellos que eran “el patrón y el ornato/de las casas menos santas” aspirantes a mandones del barrio que hacían armas en el conventillo y lo mismo en el amor que el cruce de cuchillos a la vuelta de una esquina dejaban memoria de sí, aun cuando supieran que cualquier día, otro igual a ellos habría de blandir un arma para caer muertos “en Thames y Triunvirato”.

Ése era el barrio que Borges rememoraba a partir de su conocimiento infantil de Carriego; quizá por lo que otros luego le contaron, quizá porque sabía que para tener arrojo y valentía debía ser no el Borges de la casa de altas verjas ni la amplia biblioteca sino otro, que, sin serlo, lo fuera. Un Borges que tornara en personaje en la estirpe poética de aquellos hombres que al fragor del barrio ganaban nombre y prestigio: Jacinto Chiclana, Nicanor Paredes, Manuel Flores, los Yberra, Muraña; los mismos que “Allá por el Maldonado, /...allá por el barrio gris/que cantó el pobre Carriego” asentaron su prestigio y ganaron la inmortalidad poética, burlando como Borges mismo, al olvido.

Late en esta poética lo mismo que en la prosa del ensayo sobre Carriego y en *La historia de Rosendo Juárez* y en *Hombre en la esquina rosada* el recuerdo del pasado que toma por asalto la ciudad recuperada que es lo mismo trama, poema, desenlace y ensoñación; lección imperecedera al paso de los años resumida por Carlos Fuentes: “En literatura, nos confirmó Borges, la realidad es lo imaginado”.

Una ciudad no es sólo una ciudad sino la suma de las ciudades que le habitan es algo que Borges supo bien como después lo sabrían también Carlos Fuentes, José Emilio Pacheco o Efraín Huerta. Historias de laya leal todas, estéticas de un tiempo irrevocable en la memoria y en el poder de recuperar historias; ciudad recuperada en una esquina del suburbio, por Borges.



UNA NINFA SEGÚN MEC.PAZ
Mec Paz

CONSEJO EDITORIAL

Editora General

Cecilia Durán Mena
Cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva

Andrea Fischer Durán
Andrea@porescrito.org

Diseño Editorial

Oh la lab! Laboratorio Creativo S.A. de C.V.

Fotografía de portada

Misaki Matsuda

Digital

www.porescrito.org

Ventas y Suscripciones

ventas@porescrito.org

Contacto

contacto@porescrito.org

Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma.

Pretextos literarios por escrito



es una revista bimestral. Número Dos. Editora responsable Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-101416143900-102.

Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido en trámite. Domicilio de la Publicación: Centenario 66, Col. Del Carmen, Coyoacán, C.P. 04100, México, D.F.

Impresor: Alfagraf S.A. de C.V. Francisco Olaguibel No. 119 Col. Obrera, Deleg. Cuauhtémoc, C.P. 06800 México, D.F. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V.

Centenario 66, Col. Del Carmen, Coyoacán, C.P. 04100, México, D.F.

